

# APUNTES PARA UNA CRITICA HISTORICO-CONCEPTUAL DE LA PSICOLOGIA

## NOTES FOR A HISTORICAL-CONCEPTUAL CRITICISM OF PSYCHOLOGY

*Roberto Bueno Cuadra\**  
*Escuela Profesional de Psicología*

Recibido: 30 de octubre de 2012

Aceptado: 07 de noviembre de 2012

---

### RESUMEN

El objetivo es resaltar la importancia de un análisis histórico-conceptual como tarea fundamental para establecer fundamentos científicos sólidos para la psicología. A partir de un cuestionamiento de la utilidad de los conceptos dualistas o mentalistas se analiza la evolución histórica del concepto de lo mental en la tradición filosófica occidental moderna para mostrar el carácter no natural, sino históricamente contingente de tales conceptos, lo que permitiría su crítica y eventual reemplazo. Al mismo tiempo, se insiste en que la crítica del dualismo o del mentalismo en psicología no es una consecuencia de la adopción de métodos científicos en esta disciplina, sino al contrario, dichos métodos se adoptan como resultado de dicha crítica.

**Palabras clave:** Análisis conceptual, conductismo, dualismo, metodología, psicología.

### ABSTRACT

The objective is to emphasize the importance of an historical-conceptual analysis as a fundamental task for establishing psychology on solid scientific bases. Beginning with criticisms about the usefulness of dualistic and mentalistic concepts, it is analyzes the historic evolution of the concept of the mental in the Western modern philosophic tradition in order to show the unnatural, historically constructed character of these concepts, which

should permit us make criticisms over them and eventually to replace them. At the same time, it is emphasized that criticisms on dualism and mentalistic in psychology are not a consequence of taking scientific method in this discipline, but rather, these methods are adopted as a result of that criticism.

**Key word:** Conceptual Analysis, Behaviorism, Dualism, Methodology, Psychology

---

## I

El uso del método científico es una condición necesaria, pero no suficiente, en la actividad científica. En ciencia se requiere, además, claridad y justeza conceptual. Esa claridad se traduce en la correcta formulación del objeto de estudio y, por consiguiente, de los conceptos teóricos y de los problemas de investigación. Los psicólogos definen orgullosamente su disciplina como una rama de la ciencia, fundamentalmente por su adopción del método científico en sus actividades de investigación. Pero, ¿qué puede decirse de la *teoría* psicológica?

A pesar de la diversidad de «enfoques» y «escuelas» en psicología, existe un conjunto de conceptos asumidos consensualmente y que constituyen el punto de partida de cualquier sistema o teoría de la psicología. Dado que se trata de conceptos asumidos por consenso, constituyen la estructura adoptada en casi cualquier manual o texto de la especialidad, para organizar los datos y observaciones disponibles y efectuar su representación e interpretación. De una u otra forma, toda teoría psicológica hace contacto con dichos conceptos y formula sus problemas, métodos y conclusiones de investigación en relación con ellos. Sería de esperar que tales conceptos, dada su amplia aceptación en una disciplina que se autodefine como científica, se derivarán del contacto efectivo con los eventos estudiados. Sin embargo, éste no es el caso.

Consideremos, como ejemplo, la doctrina de la mente, como uno de los postulados teóricos centrales de la psicología. Casi de modo invariable, las teorías psicológicas están orientadas a describir y explicar la estructura y funciones de la mente. Aun cuando en la actualidad es muy común encontrar definiciones de la psicología que aluden a ésta como la ciencia de la conducta,

no es menos cierto que el verdadero objeto de estudio continúa siendo algún sistema interno, del cual, además, se dice que es no observable directamente y que, precisamente, actúa como causa de la conducta. La psicología se define como la ciencia de la conducta únicamente en el sentido de ciencia que explica una clase de eventos observables: la conducta, pero postulando para ello ciertos procesos mentales internos a los cuales define como los eventos psicológicos propiamente dichos. La conducta queda solamente como un dato, pues el objeto de estudio en sí es algo interno no observable inferido a partir de aquélla (Ribes, 1990a).

Como conceptos subsidiarios a la doctrina de la mente, la teoría psicológica contiene también una serie de términos referidos, justamente, a diversos aspectos de la estructura y funciones mentales. La teoría psicológica se ocupa de la mente, a la cual se analiza en sus distintas manifestaciones, llamadas procesos mentales. De este modo, la psicología estudia cosas tales como la sensación y la percepción; el aprendizaje y la memoria; la motivación y la emoción; el lenguaje y el pensamiento; etc. Se supone que cada una de estas palabras designa alguna clase de procesos, estructuras, mecanismos, objetos o eventos, los cuales, en cuanto tales, tendrían algún curso temporal de ocurrencia, cuando no también, quizá, alguna localización específica (en el cerebro). No es necesario abundar en el hecho de que casi todas, si no todas, las teorías psicológicas plantean sus problemas de investigación en tales términos.

Por supuesto, muchos psicólogos no ven nada objetable en tales conceptos. Encontrarían más bien alentador el hecho de que, a pesar de la variedad de sistemas en psicología, existan cuando menos tales acuerdos de principio. Y muchos psicólogos y no psicólogos podrían también considerar reconfortante el hecho de que la «ciencia psicológica» coincida en tantos de sus conceptos fundamentales con el conocimiento común. Después de todo, según tal criterio, lo mínimo que se esperaría de la ciencia del comportamiento humano es que describa su objeto de estudio tal y como lo representan las apreciaciones del sentido común, si es que tal ciencia va a dirigirse a la comprensión «real» de las personas. La pedantería del lenguaje científico no es bien vista por muchos en el campo de la conducta humana. En resumen, los conceptos psicológicos fundamentales son compartidos por la casi totalidad de los psicólogos y son compartidos además por el hombre común.

Merece la pena reflexionar acerca de tan profunda –y, en apariencia, saludable– uniformidad conceptual. ¿Es realmente una ventaja esta coincidencia fundamental entre los conceptos del hombre de la calle y los del psicólogo y entre los de los distintos psicólogos? ¿Tienen estos conceptos algún mérito especial para mantener esta vigencia? ¿Es que acaso tales conceptos son la forma más clara y natural, quizá la única, de representar los eventos psicológicos? Dejemos desde ahora en claro que el problema no radica solamente en si los conceptos del conocimiento vulgar son válidos en una ciencia. La pregunta fundamental es si estos conceptos psicológicos en particular son apropiados a una psicología científica, independientemente de que se dé o no el caso de que coincidan con o proceda del conocimiento vulgar.

Wittgenstein es un pensador de trascendencia para nuestra disciplina porque, no siendo psicólogo, aclaró muchas de las cuestiones fundamentales de esta ciencia. Y nos encaró con esta realidad: «En la psicología hay métodos experimentales y confusión conceptual» (1953: 232). Esta caracterización solo es una manera de expresar que la psicología es una ciencia desde el punto de vista metodológico; pero desde una perspectiva conceptual se halla todavía, en gran medida, es un estadio pre o proto-científico. Por consiguiente, en la psicología los métodos científicos están siendo aplicados a la investigación de problemas planteados no por la propia práctica científica, sino surgidos de esa tradición conceptual. Dicha tradición se resume precisamente en el dualismo mente-cuerpo o mentalismo.

Por diversas razones, las preguntas de investigación que se inspiran en el dualismo plantean muchos obstáculos a la búsqueda de sus propias respuestas. En un texto de psicología fisiológica, por ejemplo, puede leerse lo siguiente: «...la verdad es que no hay un método adecuado para determinar *en dónde se encuentran localizados los recuerdos*. Los estudios basados en lesiones tienen algunas desventajas, y algunos científicos creen que la técnica nunca podrá proporcionar información útil en relación a esta interrogante» (Brown & Wallace, 1985: 527. El énfasis es añadido). Como puede verse en esta cita, la dificultad del tema es atribuida a las debilidades del procedimiento experimental y no se considera la posibilidad de que la propia pregunta de investigación sea inadecuada. Es obvio que buscar la localización de los recuerdos solo tiene sentido en el marco de la teoría según la cual la experiencia se almacena como recuerdo. Por tanto, es posible que este tema sea

infructuoso no simplemente a causa de restricciones metodológicas, sino fundamentalmente por su propia naturaleza, es decir, que el tema en sí está mal planteado porque surge de una concepción equivocada de los eventos estudiados.

De modo semejante, el dualismo mente-cuerpo nos fuerza a mantener indefinidamente el viejo problema acerca de cómo interactúan ambas realidades, como lo ejemplifica Popper: «Nos proponemos llegar a comprender cómo realidades no físicas, tales como propósitos, reflexiones, deliberaciones, planes, decisiones, teorías, tensiones y valores pueden efectivamente jugar un papel en la producción de efectos precisamente físicos en el mundo físico» (1966: 15).

Lo que se tiene que hacer notar es que, en sí mismas, preguntas como éstas no son obvias ni naturales, como lo parecen, sino que reflejan una particular concepción acerca de la naturaleza de los eventos psicológicos: la concepción heredada de la tradición cultural y filosófica. Por otro lado, aunque las dificultades planteadas a la investigación de estos problemas son usualmente referidas a la carencia de técnicas apropiadas de investigación, debe reconocerse que tales dificultades son más bien un producto de los propios modelos y conceptos con que se representa los objetos estudiados. Por ello, consideramos que es urgente un examen en profundidad acerca de la validez *conceptual* de la teoría psicológica, tal como se halla hoy formulada.

Opinamos que a pesar de todas las apariencias, la forma usual de concebir los eventos psicológicos puede estar equivocada. La teoría psicológica actual forma parte de una tradición conceptual que induce a una representación errónea de su objeto de estudio. Si hemos de llegar a una teoría psicológica sólida y productiva, debemos ser capaces de superar este marco conceptual. Pero ésta parece ser una opción difícil de elegir. El dualismo mente-cuerpo parece ser el hecho más evidente e incuestionable para cualquiera, por más que sea en última instancia inabordable, pese a la pulcritud metodológica de los psicólogos. Sin embargo, podemos mostrar que tal imagen de los eventos psicológicos es en realidad incorrecta.

Ribes (1990b) destacó dos posibilidades de análisis en este sentido. Un tipo de análisis se refiere a la lógica misma de tales conceptos y problemas de

investigación. Se puede mostrar, tal como lo hicieron Wittgenstein, Ryle y otros, que la teoría psicológica estándar se halla erróneamente formulada y que, por tanto, conduce a problemas mal planteados o a pseudoproblemas. La otra forma de análisis procede a través del examen del desarrollo histórico de tales conceptos, como el efectuado por Kantor. El análisis histórico nos muestra el carácter, diríamos, anómalo, de la evolución conceptual de la psicología. Tal evolución ha seguido un curso anómalo al menos en dos sentidos. Primero, la psicología ha perdido de vista el origen y naturaleza no empíricos, sino esencialmente conceptuales, de sus temas. Simplemente ha asumido como «eventos» psicológicos lo que no son más que interpretaciones parcializadas y arbitrarias de los eventos reales mismos. Los psicólogos han tomado como objetos y eventos sus propias representaciones y concepciones acerca de éstos. Segundo, tales interpretaciones no responden a una lógica naturalista, que es lo que cabría esperar en el proceso evolutivo de una rama científica. Ambas líneas de análisis son evidentemente complementarias. Ambas señalan la pertinencia de una crítica profunda de la teoría psicológica actual. Desde ambas perspectivas puede concluirse que los conceptos psicológicos actuales no son en absoluto lo naturales y de sentido común que parecen. Se trata en verdad de invenciones, aunque tan profundamente arraigadas en nuestra cultura que aparentan ser evidentes e incuestionables.

El punto a demostrar, por tanto, es que los procesos mentales no fueron descubiertos, ni ingenua, ni científicamente, ni por el hombre común, ni por el académico. De hecho, fueron inventados. Es decir, que los temas psicológicos usuales no surgen históricamente del contacto con los eventos, sino de ciertas interpretaciones y concepciones introducidas en un momento histórico particular. En resumen, las nociones que hoy tenemos acerca de los eventos psicológicos, en particular en la forma del dualismo mente-cuerpo, no es la única manera posible de concebirlas. Naturalmente, no estamos asumiendo la defensa de ninguna clase de empirismo ingenuo, según la cual toda invención previa a la observación sería dañina. En ciencia, la teoría domina todas las fases de la investigación y es imposible abordar los eventos sin hallarnos provistos de algún marco conceptual previamente adoptado (véase Hanson, 1977, para una cuidadosa exposición de este punto). Pero queremos enfatizar dos importantes hechos. Primero, la psicología ha confundido eventos y conceptos, tomando una particular representación de la realidad –el dualismo mente-cuerpo– como si fuera la realidad misma. Segundo, que tal confusión, en la

psicología, puede ser una manifestación más de conceptos culturalmente compartidos, que el producto de un examen conceptual serio. La semejanza, que antes hemos mencionado, entre los conceptos del hombre corriente y los de los psicólogos solo revela cómo la teoría psicológica, en sus fundamentos, no es más que una parte de esa corriente, en lo que respecta al comportamiento humano. De aquí la plena validez de esta otra cita de Wittgenstein: «Los conceptos psicológicos son solamente conceptos de la vida cotidiana. Estos no son conceptos recién creados por la ciencia para sus propios objetivos como sí lo son los conceptos de la física o de la química. Los conceptos psicológicos se relacionan con los de las ciencias exactas del mismo modo en que los conceptos de la medicina se relacionan con los de aquellas ancianas que ocupan su tiempo en cuidar enfermos» (1980: 12). Como una rama de la ciencia, la psicología debería haber empezado, por tanto, elaborando su propio marco conceptual.

Este examen histórico-conceptual tiene una finalidad adicional. Superviven todavía en la disciplina, una diversidad de «enfoques» que cuestionan la pertinencia exclusiva del propio método científico como método de investigación del comportamiento. Es lamentable, y paradójico, que la defensa del método científico en psicología no pueda llevarse a cabo de manera eficaz precisamente por quienes solo se limitan a la recolección científica de datos, sin practicar un análisis conceptual acerca de sus propias actividades de investigación.

Preguntas conceptuales que deben ser respondidas correctamente conciernen a la naturaleza de lo psicológico y de la teoría psicológica, así como a la de los métodos de la psicología. El Conductismo, como crítica conceptual de la psicología (Baum, 2005; Bueno, 1993, Chiesa, 1994; Moore, 2008; Skinner, 1974) constituye, precisamente, un intento orgánico por mostrar las insuficiencias del dualismo y del mentalismo como marcos conceptuales de la psicología. Pero este análisis puede complementarse con el estudio de los fundamentos históricos de la disciplina, investigación que puede mostrar, justamente, el carácter no natural, sino históricamente condicionado, de los conceptos psicológicos actualmente en uso. La consecuencia de ambos análisis debe ser el reemplazo de dichos conceptos por marco conceptual que represente de manera más exacta la naturaleza de lo psicológico y por tanto, el contenido de su teoría. Es sobre estas sólidas bases que haremos un mejor uso del método científico.

## II

Fue Descartes quien, en Occidente, elevó la doctrina de las dos sustancias al rango de teoría científica. Es interesante considerar el método que conduce a Descartes a la aceptación y fundamentación del dualismo. En las *Meditationes de prima philosophia* sentencia: «Aunque tengo un cuerpo al que estoy estrechamente unido, como por un lado poseo una clara y distinta idea de mí mismo, en tanto soy solamente una cosa que piensa y carece de extensión y por otro lado, tengo una idea distinta del cuerpo, en tanto es solamente una cosa extensa y que no piensa, es evidente que yo y mi cuerpo somos cosas completamente distintas y que yo puedo existir sin él» (1964: VI, 98).

En esta cita, además, Descartes especifica las cualidades distintivas de ambas sustancias. Por un lado, lo físico, o *res extensa*, que es perecible y que, careciendo de conciencia y de pensamiento es en sí el objeto del conocimiento. Por otro lado, la sustancia cognoscente, principio o sujeto del conocimiento, es decir, el ser que ejerce el conocimiento, la *res cogitans*. Esta última carece de extensión, su curso el solo temporal y se halla sujeta a leyes diferentes de las que rigen lo material. Por tanto, con Descartes, la mente se formaliza como punto de origen y causa del comportamiento. Las actividades de la mente –el conocer, el pensar– se vuelven causas del comportamiento consciente, racional y voluntario. En cambio, la conducta involuntaria y no consciente, es decir, la conducta que es únicamente actividad biológica, la actividad del cuerpo como cuerpo, fue explicada mediante las leyes naturales que rigen todo cuerpo material (James, 2000).

Es importante mencionar las razones que condujeron a Descartes a la consagración del dualismo. Su teoría era, en gran medida, una teoría del conocimiento. Una preocupación constante de esta teoría fue la fundamentación del conocimiento. En la medida en que los juicios humanos acerca de las cosas se concibieran como ejercitados por medio de una entidad espiritual, como la mente o la razón, se garantizaba la verdad de dichos juicios. «Lamentablemente –dice Ribes– esa solución adecuada para el desarrollo de las ciencias naturales de la época constituyó una condena histórica para la psicología como disciplina. La psicología quedaba encargada de estudiar la interrelación entre la razón o la mente y las acciones del cuerpo» (1990b: 13). En consecuencia, el objeto de la psicología pasó a ser propiamente lo mental,

concebido como actividad no física interna. La única alternativa a ese camino hubiera sido, y así se suele estimar todavía hoy, la descripción puramente biológica, a la cual se visualiza como apropiada solamente para el segmento no voluntario y no consciente del comportamiento.

Pero Descartes no solo fijó el objeto de estudio de la psicología, sino que además adelantó un *modelo* de dicho objeto. En términos generales, ese modelo continúa vigente como un aspecto fundamental de la teoría psicológica y su naturaleza obedece también a ciertas importantes razones históricas. Veamos brevemente el desarrollo de este modelo.

Descartes formaliza el dualismo en la psicología en una época de notables cambios conceptuales. La ciencia de Occidente se hallaba en busca de criterios de certeza sólidos, sobre los cuales pudiese asegurar la veracidad y la validez del conocimiento científico. Acabamos de ver que la teoría de la mente, como ejercicio de la razón, procuraba la necesaria confianza en la capacidad humana para discernir la naturaleza de las cosas y llegar a la verdad. Pero, ¿a través de qué reglas puede operar la razón para alcanzar la verdad? Estas reglas son las de la geometría. Tales reglas, y solo ellas, pueden validar el conocimiento. En consecuencia, todo conocimiento, para ser considerado científico, válido y verdadero, había de ser formulado de acuerdo con las reglas del modelo geométrico. Todo esto significaba, en concreto, que una teoría era válida y verdadera si formulaba las leyes de la naturaleza a la manera de relaciones geométricas. De acuerdo con Toulmin (1977) el postulado de que «el conocimiento geométrico proporciona un vasto patrón de certeza absoluta, con respecto al cual deben ser juzgadas todas las otras pretensiones de conocimiento» (p. 30) era uno de los tres axiomas epistemológicos fundamentales ampliamente aceptados en el siglo XVII, incluso por pensadores tan diferentes entre sí como Locke y Descartes. Así, los principios mecánicos fueron reservados para explicar la actividad del cuerpo como cuerpo, en respuesta a los agentes físicos del medio; mientras que una metáfora construida en base a los principios ópticos fue aplicada a la actividad mental, entendida como conocimiento.

Algunos detalles de este modelo ilustran el carácter metafórico de la conceptualización cartesiana de los eventos psicológicos. Consideremos, por ejemplo, la explicación del proceso del conocer, o actividad mental. En los

términos del modelo geométrico, en su versión óptica, los objetos actúan sobre el alma *reflejándose* como en un espejo (de modo análogo al fenómeno óptico de la reflexión). «El conocimiento sensorial provenía fundamentalmente de la visión, pero el conocimiento racional, a la manera de una luz interna, constituía una reflexión sobre el alma de la luz y las imágenes de los cuerpos exteriores» (Ribes, 1990a: 212). En el otro extremo se ubicaba la actividad corporal no consciente y no voluntaria, la actividad del cuerpo como cuerpo. De acuerdo con los principios geométricos, esta vez encuadrados en las leyes de la mecánica, los objetos, al obrar sobre el cuerpo, conducen a éste a la ejecución de un movimiento, que *refleja*, como efecto, la anterior acción del objeto. Esto no es más que el principio mecánico de la acción y la reacción aplicado a la actividad biológica. Finalmente, también a través de principios mecánicos, Descartes explicó las propias interacciones entre el cuerpo y el alma. Como ya se indicó, las acciones voluntarias y conscientes eran mediadas por el alma, y tal mediación se daba por la acción de los espíritus animales, impulsados por el alma para que actúen sobre la masa corporal. De acuerdo con Descartes, los «espíritus animales no tienen propiedades diferentes de las corporales, sino que son cuerpos muy pequeños y se mueven muy rápido, como las partes de la llama que salen de una antorcha» (1967, I, X). Inversamente, el movimiento corporal y en general las condiciones del organismo influían sobre el alma, obedeciendo también tales relaciones a principios mecánicos.

### III

El legado cartesiano a la psicología puede resumirse en dos aspectos importantes. En primer lugar, se consolida la substancialización e interiorización de un principio cognoscente interno y su reconceptualización como causa interna del comportamiento. Este resultado se expresó como la distinción entre, por un lado, la mente inmaterial, como agente del conocimiento y, por el otro, el comportamiento, como efecto y expresión observable en el organismo, de la actividad mental. Esta doctrina es lo que Ryle (1949) muy apropiadamente denomina el «mito del fantasma en la máquina». En segundo término, se da una forma particular a este mito, es decir, se define la actividad mental como reflejo o representación interna de la realidad.

Pueden mencionarse dos resultados colaterales de este proceso de transformación conceptual iniciado en el Medioevo y culminado en Descartes. El primero de ellos tiene que ver con el uso de términos descriptivos de eventos psicológicos. Como ya se ha señalado, los términos que ordinariamente hacen referencia a las relaciones del individuo, términos tales como «percibir», «pensar», «imaginar», etc. fueron convertidos en términos descriptivos de procesos y mecanismos no físicos supuestamente causantes de las actividades observables del individuo. Así, cuando se hablaba, por ejemplo, del «pensar», se postulaba, desde el punto de vista del dualismo, que tal término hacía referencia a un tipo concreto de actividad, ejercitada a nivel mental y que luego se expresaba a través del comportamiento. La *substancialización* de los términos referidos a las relaciones e interacciones del individuo, es decir, su conversión a términos referidos a cosas y eventos –y además, no físicos e internos– fue una de las consecuencias más importantes de la introducción del dualismo (Ryle, 1949). De este modo, la psicología quedó responsabilizada de estudiar una serie de «procesos mentales» supuestamente descritos e identificados por dichos términos.

Hay un segundo resultado de importancia. Kantor (1959, 1982) ha señalado cómo la transformación sufrida por la distinción platónica entre objetos e ideas ha conducido a la distinción dualista de la experiencia versus la realidad. Esta dicotomía postula un mundo de experiencia interna como reflejo de las cosas y tiene una estrecha relación con otras famosas dicotomías, por ejemplo, lo objetivo versus lo subjetivo y lo público versus lo privado. Una vez aceptado el mito del fantasma en la máquina, es fácil admitir también el carácter privado –en el sentido de oculto o no accesible a otros– de su actividad. La distinción entre lo público y lo privado conlleva la creencia de que así como se observan y describen las cosas accesibles a diferentes observadores, cada individuo observa también, «dentro» de sí, un conjunto de supuestos eventos mentales, privados, solo disponibles para la autoobservación, mas no para la inspección pública. Esta supuesta «observación» de eventos privados se denomina tradicionalmente introspección. Los supuestos datos así obtenidos se consideran de una importancia crítica, dado que, según se alega, aportan información acerca de un mundo interno del cual la conducta no es más que una representación externa. El dualismo formalizado por Descartes se ubica entonces como punto de partida obligado para toda posterior estructuración de la teoría psicológica, independientemente del marco filosófico particular

adoptado. No parecía quedar otro camino y la teoría posterior no hizo avanzar por él.

Al iniciar su carrera como un área de investigación científica –o más propiamente: como un área de trabajo experimental– estas concepciones no solo no fueron cuestionadas sino que, de hecho, inspiraron los primeros trabajos experimentales en el campo. Los métodos experimentales fueron aplicados a la solución de cuestiones vinculadas de una u otra forma al mito del fantasma en la máquina. Aún su metodología estaba contaminada, pues uno de los primeros métodos que se propuso para la nueva ciencia fue el de la introspección. En esta nueva etapa, la psicología se definía como la ciencia del contenido mental, es decir, de la experiencia inmediata o conciencia. Por consiguiente, la introspección, u «observación» de los procesos mentales, o de sus manifestaciones, en el mismo sujeto, se constituyó en el método fundamental. Por otro lado, la distinción entre el mundo físico y el mundo de la mente dio lugar a la psicofísica. Esta disciplina nacía, como lo indicaba su nombre, para establecer experimental y cuantitativamente la relación entre la estimulación física y la experiencia interna, mental o subjetiva, suscitada por la estimulación. Como lo sostuvo el propio Fechner (1889): «La psicofísica se entiende como una teoría exacta de las relaciones funcionales, o de dependencia, entre el cuerpo y el alma, o dicho de modo más general, entre los mundos corporal y espiritual, físico y psíquico... ¿qué es lo que pertenece conjuntamente, cuantitativa y cualitativamente, próxima o remotamente, al mundo del cuerpo y al mundo del espíritu? ¿De acuerdo a qué leyes los cambios de uno siguen a los cambios del otro, o más bien, ambos cambian conjuntamente? La psicofísica se hace estas preguntas generales e intenta responderlas de manera precisa» (pp. 8-9).

En general, la concepción cartesiana continúa vigente en todos sus aspectos. El dualismo ontológico, como doctrina de las dos sustancias, ha sido ya probablemente superado en la psicología académica. Sin embargo, el dualismo epistémico, vinculado a aquél, como doctrina de una mente cognoscente que guía el comportamiento, ha subsistido hasta nuestros días. Bajo la influencia de múltiples corrientes científicas, incluido el Conductismo, la psicología se ha redefinido como una ciencia que se ocupa de entidades materiales y cuyo objeto de estudio es la conducta. Sin embargo, nada de ello impide que la teoría psicológica continúe siendo mentalista, aun cuando en

algunos casos se evite el empleo de un lenguaje mentalista. En cualquier caso, los psicólogos suelen estar de acuerdo en que la conducta no es en sí el objeto de estudio. Cuando la psicología se define como un estudio de la conducta, lo que se quiere decir es que la psicología trabaja con datos de conducta, pero que su objeto de estudio es alguna otra cosa, diferente y más allá de la conducta en sí. La conducta es tomada solamente como un dato, a partir del cual pueden ser inferidos los procesos mentales, puesto que se supone que la conducta –los datos– está causada por y es una expresión observable de tales supuestos procesos. Estos últimos son el principal interés actual de la psicología. Por ejemplo, una expresión verbal (comportamiento) se utiliza para inferir los pensamientos y emociones que, entendidos como procesos mentales, se toman como los auténticos eventos psicológicos, de los que la expresión verbal resulta ser meramente una simple manifestación. Este es el caso de la moderna psicología cognitiva. En efecto, la representación del conocer como un acto de reflexión interna de la realidad, prefigura lo que actualmente se analiza como «procesos cognitivos». Permanece aquí la distinción entre la mente –o cognición– y el comportamiento. La mente continúa definiéndose como la causa del comportamiento y por consiguiente, es el objeto a estudiar, lo psicológico propiamente dicho.

En suma, el dualismo psicológico, en todas sus formas, se manifiesta no solamente como una teoría del dominio de los especialistas, sino esencialmente como construcción ideológica que permea profundamente nuestra cultura. De ahí que sus preceptos formen parte de nuestro conocimiento ordinario y aparezcan como verdades evidentes e incuestionables. Parece inconcebible pensar en lo psicológico como algo distinto de lo mental. Cabe decir algo similar acerca de la particular concepción cartesiana de la mente como agente reflexivo interno de la realidad. Descartes no observó los hechos que describió tan convencidamente. Su tarea consistió en describir y representar las relaciones entre los objetos y el cuerpo y una tercera instancia espiritual. Su contribución particular fue la invención de un modelo para representar estas relaciones, modelo elaborado a imagen y semejanza del modelo que representaba los fenómenos mecánicos y ópticos, los cuales, a su vez, eran casos particulares del modelo geométrico. Para Descartes y sus contemporáneos, este modelo bien podía ser la única posible manera de representar la realidad, debido a la seguridad intelectual que les procuraban las reglas de la geometría.

Turbayne (citado por Ribes, 1990a, b) ha señalado el carácter metafórico de esta teoría, pero a la vez ha hecho hincapié en que el problema principal planteado por este modelo no radica en que sea una metáfora. El problema esencial consiste en que la metáfora cartesiana ha sido confundida con la realidad. La psicología y la neurobiología dan por sentado que los procesos representacionales –los vinculados a la percepción y el conocimiento– ocurren tal y como los describe el modelo geométrico. Los procesos descritos por este modelo se asumen como eventos *reales*. Los procesos psicológicos representacionales se toman, efectivamente, como la reproducción interna de los objetos. En consecuencia, los interrogantes de investigación que se plantean en este campo –y particularmente en el campo de la percepción visual– son preguntas referidas al supuesto proceso de representación interna. De alguna manera, nos encontramos otra vez ante conceptos introducidos como parte de un proceso fundamentado históricamente. Y ahora esos conceptos aparentan ser la única alternativa legítima en el campo en que se aplican. Esta confusión entre metáfora y realidad es un ejemplo de lo que Ryle (1949) denomina «error categorial».

En opinión de Turbayne, el modelo geométrico no explica adecuadamente una diversidad de fenómenos relativos a la visión. Por supuesto, hay metáforas alternativas, ninguna de las cuales, sin embargo, debe confundirse con los eventos reales. Pero es dudoso que esas alternativas cuenten con la acogida de los científicos que trabajan en el campo, mientras no se reconozca que el modelo geométrico no es más que una metáfora, *entre muchas posibles*. Ribes (1990b) concluye al respecto: «la distinción entre conducta y cognición, y la existencia de un campo de estudio consagrado a la percepción, no constituyen hechos que descansen en principios incuestionables de la disciplina. Por el contrario, reflejan la evolución histórica de errores categoriales que desafortunadamente se han convertido en verdades cuasi axiomáticas para la comunidad científica, que reproducen falsos problemas y callejones teóricos sin salida» (pp. 31-32).

#### IV

La exposición anterior se ha concentrado en argumentos históricos y creemos que permite apreciar la importancia que tiene el examen de la evolución histórico-conceptual de la psicología para esclarecer la validez de

su teoría. Un análisis histórico-conceptual no aporta, por sí mismo, necesariamente, soluciones a los problemas teóricos de la disciplina ni sugiere, al menos a primera vista, la manera de encontrarlas. Pero, sí puede en cambio ayudarnos a reconocer el carácter arbitrario e históricamente configurado de esta problemática y, por consiguiente, su naturaleza no empírica, sino esencialmente conceptual. Los grandes problemas de investigación de la psicología no son el producto del contacto con los eventos sino el resultado de interpretaciones correspondientes a un marco histórico determinado.

Estas condiciones se proyectan hasta el momento presente, tanto en la ciencia psicológica como en el conocimiento ordinario, como ya se ha hecho notar. Sin embargo, a partir del siglo XX, y ya propiamente al interior de la disciplina, la irrupción de nuevas concepciones permite vislumbrar la posibilidad de que la psicología retome una orientación naturalista. En 1913, John B. Watson propone formalmente el punto de vista de que la psicología se ocupa únicamente de describir las relaciones entre el comportamiento y los factores determinantes observables. Sostiene, además, la futilidad de «explicar» el comportamiento mencionando procesos mentales, cuando se conocen tales factores determinantes, ya sean ambientales o biológicos. El comportamiento en sí pasa a convertirse en el objeto de la psicología. Por consiguiente, la teoría psicológica, para Watson, no era ya una teoría acerca de procesos y estados mentales o subjetivos, sino *teoría de la conducta*. A la vez, el comportamiento pasa también a convertirse en el método de la psicología. Este método no era del todo nuevo. Se debe recordar que antes del pronunciamiento de Watson existía ya una activa psicología comparativa experimental (el propio Watson formaba parte de ese movimiento). La psicología comparativa también estaba dedicada al estudio de los procesos mentales, pero, naturalmente, sin métodos introspectivos. Sus datos consistían en las ejecuciones de los sujetos en la situación experimental. Estos datos se empleaban luego en inferir los procesos y estados mentales del animal. Watson extiende la aplicación de este método a la psicología en general, a la vez que cuestiona la interpretación y explicación de los datos en términos introspectivos.

El propio Watson llamó «conductismo» a este punto de vista. Watson dio un nuevo ímpetu a aquella corriente naturalista de la psicología que había sido ya iniciada por Aristóteles y que permaneció completamente

ensombrecida durante la era del dualismo, de la que todavía no salimos. El conductismo no es solamente la «escuela» abierta por Watson y sus seguidores, sino la forma actual del naturalismo psicológico. En psicología, conductismo y naturalismo son sinónimos. El conductismo es el intento actual de volver al naturalismo en psicología, aunque ese intento tropieza con muchos obstáculos. Quizá el mayor de tales obstáculos es el hecho de que, como habremos de ver, muchos de los propios conductistas autodeclarados no han comprendido correctamente la posición que pretenden defender.

En el párrafo anterior se habla del conductismo como de una filosofía de la psicología más que como una teoría acerca de los eventos psicológicos. En efecto, el conductismo no es simplemente una escuela o teoría dentro de la psicología, sino una teoría *acerca de* la psicología. Es la filosofía de la psicología en cuanto rama de la ciencia. (Ribes, 1990a; Skinner, 1963, 1974). El conductismo es la alternativa al mentalismo heredado por la psicología a partir de la tradición filosófica espiritualista.

Tal como fue propuesto inicialmente por Watson, el conductismo era un punto de vista todavía por desarrollar. El gran mérito de Watson fue la anotación de los requisitos que la psicología habría de satisfacer para convertirse en una rama de la ciencia. En otro sitio (Bueno, 1993) analicé en tres dimensiones las propuestas fundamentales hechas por Watson. En primer lugar, la adopción de un objeto de estudio naturalista, que en el caso de la psicología es la conducta de los organismos. En segundo lugar, el empleo riguroso del método científico, lo que implica la búsqueda de relaciones funcionales entre eventos o propiedades públicamente observables. Y tercero, la reducción del vocabulario mentalista a una terminología descriptiva de eventos físicos, no de entidades inmateriales. En el mismo artículo señalé también que estas propuestas planteaban una serie de problemas en torno a su validez o legitimidad, que era necesario resolver. Por ejemplo, si el objeto de la psicología no eran los procesos mentales, sino la conducta, ¿cuál sería el modelo más adecuado para describir la conducta y tratar en términos de conducta los diversos eventos psicológicos? Si los datos «privados» eran metodológicamente defectuosos, por considerarse que no eran públicamente verificables y, por tanto, no debían considerarse datos legítimos, ¿se quedaría la psicología sin un material valioso, quizá más valioso que el material de los datos conductuales? Y si el hablar acerca de «procesos mentales» no era un

hablar acerca de la ocurrencia de inexistentes procesos internos o mentales, ¿de qué estaría hablando una persona cuando se autodescribe, o describe a otros, haciendo empleo del vocabulario mentalista? Watson y también sus sucesores, procuraron algunas respuestas a dichos problemas, no todas ellas plenamente satisfactorias.

Una alternativa, que aparentemente podía sostener un punto de vista naturalista, se buscó en el empirismo, el operacionismo y el positivismo lógico. Bajo la influencia de estas doctrinas, los «neo-conductistas» inauguraron un nuevo marco conceptual, cada vez más lejano del conductismo de Watson y generalmente conocido como conductismo metodológico (característico de esta posición es el clásico artículo de Spence, 1948). Veamos ahora si ésta fue una opción correcta.

El conductista metodológico supone que los factores objetivos que controlan el comportamiento actúan por medio de ciertas entidades llamadas procesos mediadores, variables intervinientes o constructos hipotéticos. Estas entidades se definen ya sea como conceptos abstractos, o como actividades neurales todavía desconocidas. Según el conductismo metodológico, la teoría psicológica tiene que describir las relaciones entre los factores causales, los procesos mediadores y el comportamiento. Frecuentemente, en el fragor de la discusión acerca de la naturaleza, número y relaciones mutuas de estos factores, el comportamiento pasa a un plano secundario.

Pero lo que distingue claramente la posición del conductismo metodológico es su defensa del *método* del comportamiento observable como el dato fundamental de la investigación psicológica. De aquí su nombre: es un conductismo, pero solamente por el método que propugna. Los conductistas metodológicos rechazan la introspección principalmente en base al argumento de que los datos introspectivos son «no verificables».

En la actualidad son muchos los sistemas psicológicos que pueden clasificarse dentro de la amplia categoría de conductismo metodológico, si bien probablemente casi ninguno de éstos aceptaría esta denominación (por ejemplo, las psicologías cognitivas y las psicobiológicas). Más aún, es probable que en nuestros días ya no exista una diferencia fundamental entre el mentalismo y el conductismo metodológico en cuanto a su concepción de la

teoría psicológica. Tanto el mentalista como el conductista metodológico aprueban la observación de la conducta como fuente primaria de datos –con mayor o menor exclusividad– y ambos aceptan que hay influencias ambientales y biológicas sobre la conducta. Pero también consideran que la teoría psicológica tiene que describir, al lado de esas influencias, algún agente o factor causal intermediario, sean la mente, los procesos mediadores o el aparato psíquico, que inevitablemente se postula como causa o explicación, en última instancia, del comportamiento. La diferencia entre estos diversos sistemas psicológicos radica principalmente en su lenguaje: los más mentalistas hacen uso abundante de expresiones del lenguaje ordinario, algunas de ellas muy pintorescas, mientras que las teorías con mayor fundamentación científica prefieren una terminología prestada de alguna otra rama de la ciencia, como sucede con los «procesos cognitivos», descritos en términos informáticos. En suma, podría decirse que la mayor parte de los sistemas contemporáneos de la psicología de orientación estadística o experimental son mentalistas en su *teoría* y más o menos conductistas en sus métodos de investigación.

Como podemos apreciar, el conductismo metodológico no rompe con la tradición dualista. De dos maneras se aprecia esta dependencia. Primero, acepta la plena validez de las distinciones entre lo físico y lo mental; lo objetivo y lo subjetivo; lo público y lo privado; etc. Solo por cuestión de método elimina de los datos y de la teoría el extremo mental, subjetivo o privado. Dicho extremo es pasado por alto por que no satisface los criterios de observabilidad de todo objeto o dato científico. Lo mental se considera un tema no científico, en la medida en que es concebido como un mundo no físico o no objetivo. Sin embargo, el conductismo metodológico no cuestiona la existencia misma de un mundo «no espacial» interno, subjetivo o privado. Y, aunque parezca extraño, este resultado es la consecuencia de asumir una actitud empirista, operacionista y positivista. En efecto, quien ha asumido tales puntos de vista no ve la invalidez del dualismo, por el contrario, lo acepta y no tiene más remedio que confinarse a uno de sus extremos.

La otra manifestación de esta dependencia del conductismo metodológico respecto del pensamiento dualista es la continuación de la búsqueda de la causalidad interna de la conducta (variables intervinientes, procesos cognitivos, actividad nerviosa, etc.) Por tanto, la conducta es nuevamente solo un dato, a través del cual se expresa el supuesto objeto de estudio: la

actividad mental. De aquí que el conductismo metodológico pueda ser apropiadamente denominado también conductismo débil.

La postura psicobiológica fue en un principio antimentalista. Pavlov rechazó vigorosamente los métodos y los conceptos mentalistas pero su alternativa no fue la de la conducta, sino la de la fisiología. Pavlov (1928) expuso así su punto de vista: «Elegimos mantener en nuestros experimentos una posición puramente objetiva con respecto a los llamados fenómenos psíquicos y sobre todo intentamos disciplinar nuestros pensamientos y nuestro lenguaje para no identificarnos con el estado imaginario mental de los animales, y limitamos nuestra tarea a la observación exacta y a la descripción de los efectos de los objetos a distancia sobre la secreción de las glándulas salivares» (p. 77). Pero, como mostré en otra parte (Bueno, 1998, 2011a), la postura psicobiológica, al igual que el mentalismo tradicional, asume el esquema explicativo de la causalidad interna, con la salvedad de que las causas postuladas son de naturaleza física y se ubican en el sistema nervioso. Actualmente, sin embargo, los psicobiólogos han recuperado el lenguaje mentalista y postulan que la mente o la conciencia son funciones del cerebro (Bunge, 1982; Sperry, 1993). Aunque su postura podría considerarse monista, se trata de un monismo mentalista: una mente con todas las propiedades de la mente dualística tradicional (como centro de una conciencia y causa de la conducta), pero enteramente material, cerebral. Esta forma de psicología es también un conductismo metodológico: sus datos son las conductas observables, pero a partir de ellos elaboran teorías acerca de la mente o acerca de sus bases físicas. Sin embargo, también es cierto que algunos investigadores han llegado a afirmar que las modernas técnicas de neuroimagen han resuelto el problema de la (imposibilidad de) observación directa de la mente: la mente es actividad física y es ahora enteramente observable, por lo que el conductismo metodológico ha quedado obsoleto. Esta interpretación es peligrosa puesto que perpetúa la creencia en una mente interna que dirige el comportamiento del individuo. En suma, la psicobiología ha superado el dualismo, pero no el mentalismo. Sin embargo, desde diferentes ángulos ya ha empezado a plantearse ciertas críticas hacia el mentalismo fisiológico (Uttal, 2001; Vanderwolf, 2007).

Existe, sin embargo, una alternativa al conductismo metodológico, en la cual es de primordial importancia encarar los problemas planteados por el dualismo y el mentalismo. Dentro de esta diferente perspectiva, el

conductismo es algo más que solamente una postura metodológica y se convierte en una crítica de toda forma de mentalismo y en una opción frente a éste. Se dijo ya que Watson reanimó esta perspectiva naturalista de la psicología y que era todavía necesario asegurar su legitimidad y validez conceptual. Y ésta es precisamente la propuesta de un conductismo genuino, al que habremos de denominar *conductismo duro* (Schoenfeld, 1983, lo denominó también conductismo con «C» mayúscula. El término «conductismo radical» puede ser igualmente apropiado, sin embargo, está demasiado asociado solamente a la figura de Skinner. El término que proponemos identifica una filosofía compartida por Skinner, pero también por el interconductismo de Kantor, que es tan o más «radical» que el conductismo de Skinner). Con esta denominación, trazamos la necesaria distinción frente al conductismo débil o metodológico, es decir, aquel planteamiento que, como hemos visto, no se compromete en profundidad, ni de modo consistente, en una crítica del dualismo o del mentalismo. El conductismo duro puede considerarse como un análisis de los problemas conceptuales de la psicología y como una crítica de sus supuestos dualistas, inclusive a través de un examen histórico-conceptual. Por consiguiente, la crítica conceptual del conductismo a la psicología es una crítica hacia la validez y legitimidad del pensamiento dualista.

El conductista metodológico objeta lo no observable y lo no objetivo, únicamente por motivos metodológicos: estas entidades no satisfacen los requisitos del método científico. Sin embargo, el conductista metodológico no cuestiona la validez misma de los conceptos dualistas. Es decir, asume el concepto de que hay un mundo mental y asume también que tal mundo es no físico, no observable y no objetivo. Al concebirlo de este modo, y dado que, por definición, la ciencia se ocupa solo de eventos observables, llega naturalmente a la conclusión de que el mundo de la mente no es accesible al método científico. Evidentemente, ésta es una posición extremadamente precaria. Y lo es todavía más cuando se conceptúa que los aspectos más sutiles e importantes del comportamiento están relacionados a este mundo mental, puesto que ello implica que una psicología científica estricta necesariamente se autolimita a trabajar con eventos superficiales y poco trascendentes.

Por este motivo, es necesario aclarar con toda firmeza que para la psicología científica emanada del conductismo duro, todo es observable, público y

objetivo. El punto fundamental de la psicología científica es que carece de validez postular un mundo paralelo de cosas o eventos no observables, privados o subjetivos, es decir, cosas que estén más allá del alcance del método científico. Los eventos no observables dejan de ser un tema científico no solo porque no satisfacen las reglas del método científico, sino porque no existen. Por tanto, cuando el psicólogo científico limita su tarea a los eventos observables, no lo hace solo por razones metodológicas, sino porque éstos son los únicos eventos que existen.

La posición del conductismo duro se resume en la contribución esencial y permanente de Watson: el principio de que el comportamiento no es una expresión de procesos mentales internos y que, por tanto, no requiere una explicación mentalista. Hoy día esa posición básica se halla representada en las obras de B. Frederick Skinner y J. Robert Kantor. Desde este punto de vista se conceptúa que el único objeto de la psicología es la conducta. Por lo tanto, la teoría psicológica no es una teoría acerca de entidades o procesos mentales internos. El conductista duro considera que los términos mentalistas tradicionales son parte del lenguaje ordinario que aluden al propio comportamiento o a las circunstancias en que éste ocurre. Percibir no es un acto mental (ni neurológico). Usamos la palabra «percibir» cuando vemos a alguien, o a uno mismo, haciendo determinadas cosas bajo determinadas circunstancias. Esto no significa que el conductista no investiga lo que en el lenguaje llamamos «lo mental» (percepción, memoria o pensamiento, por ejemplo). Al investigar el comportamiento directamente, el conductista produce un cuerpo de conocimiento que nos permite comprender los sucesos de la vida cotidiana que en el lenguaje ordinario, el lenguaje que usamos en dicho contexto, nombramos como percepción, pensamiento, etc. De igual manera, para el conductista duro, no tiene sentido plantear una distinción entre eventos públicos y privados. Los llamados eventos privados, como los «sentimientos» son las formas convencionales de responder a determinados acontecimientos con significado social, no son causas internas la conducta (Bueno, 2011b). El conductista duro no excluye lo «subjetivo» o lo «privado» de su consideración ni tampoco los acoge como eventos internos que deben ser observados vía la introspección, sino que los considera como formas enteramente públicas y observables del responder individual ante circunstancias individuales, ambos normados social y culturalmente.

## V

Para concluir, vale la pena subrayar una vez más las diferencias entre una auténtica concepción conductista de la psicología y los enfoques empiristas, operacionistas y positivistas con los que erróneamente se le suele identificar. Nos serviremos de algunos aspectos de las críticas de Mackenzie (1981) como ilustración de los malentendidos que es preciso aclarar. Observa este autor que, a pesar de las grandes diferencias entre los sistemas teóricos «conductistas», lo que unía a sus creadores «era su convicción de que la metodología de la ciencia, más que su contenido, era lo que constituía una actividad específicamente científica; y que los principios metodológicos proporcionaban la base suficiente sobre la que se podían establecer sistemas científicos. El compromiso con una teoría o con un punto de vista era en la mayoría de los casos, un asunto individual. El compromiso con los procedimientos de la ciencia era la principal característica compartida del grupo. Los conductistas llegaron a estar de acuerdo, es decir, en que un conjunto de procedimientos de decisión para evaluar la investigación, apropiada a todas las ciencias indiferentemente, era el requisito principal para la constitución de una ciencia; en que con estos procedimientos de decisión determinaban que el contenido de las teorías científicas sería autocorrectivo y en que una vez que su ciencia los poseyera sería como un resultado adquirir una validez sistemática en constante aumento...» (p. 30).

El comentario de Mackenzie desliza el concepto de que los conductistas compartían la actitud típica de una concepción metodológica de la ciencia. Desde luego, una concepción metodológica de la ciencia es empirista, operacionista y positivista. Tal concepción sostiene que hacer ciencia es solamente cuestión de hacer empleo del método científico, independientemente del contenido. Pero dicha actitud no corresponde a una concepción auténticamente conductista de la psicología. En realidad, Mackenzie está describiendo el conductismo metodológico. De hecho, el presente ensayo comienza con la afirmación de que el método científico es una condición necesaria, pero no suficiente, para hacer ciencia. Por consiguiente, consideramos igualmente importante, al definir una ciencia, demarcar su contenido y comprometerse con un sistema teórico. Y en verdad, estamos de acuerdo con Mackenzie cuando sostiene que «cualquier tendencia de las consideraciones metodológicas a dirigir la investigación necesita estar

subordinada a las cuestiones esenciales particulares presentes en los casos individuales en la ciencia. No existe un sustituto metodológico de las buenas ideas, en cada etapa de la investigación y tampoco una metodología garantizada para adquirirlas» (p. 142). Aceptamos que el método científico *per se* no aclara cuáles son las cuestiones fundamentales de una disciplina. Pero todavía tenemos derecho a preguntar qué ideas particulares representan los problemas esenciales de la psicología.

Creemos que no es permisible crear e inventar sin restricciones. Aunque el método científico *per se* no orienta el posible contenido de una teoría, esto no implica que uno deba multiplicar las entidades inobservables a voluntad, sin agotar primero una explicación basada en factores observables, tales como las contingencias de reforzamiento, la historia ontogenética o las condiciones biológicas. La atención a esta clase de factores no surge como consecuencia de adoptar algún método, sino como resultado de un análisis conceptual acerca de la naturaleza de los eventos bajo estudio. Por otro lado, creemos que la fidelidad al método científico no puede compartirse con una lealtad hacia tradiciones conceptuales extrañas a las de la ciencia. Por consiguiente, el objeto y método de la psicología deben ser formulados en términos naturalistas. Sin embargo, y ésta es la cuestión fundamental, que Mackenzie no alcanza a reconocer, estos postulados conductistas no son solamente premisas metodológicas, sino criterios de contenido. Para ilustrar con más claridad este punto podemos comparar una vez más la posición del conductismo metodológico frente a la del conductismo duro. Si se postula una psicología de la conducta solamente porque la mente es «inobservable» o los datos introspectivos son «inverificables», se está adoptando la posición del conductismo metodológico. Es decir, se rechazan determinados temas o datos simplemente porque no satisfacen los requisitos metodológicos de observabilidad o verificabilidad. Pero no se cuestiona la validez misma de dichos temas o datos. Pero si se postula una psicología de la conducta básicamente porque los conceptos y métodos mentalistas carecen de validez, se está asumiendo la posición del conductismo duro. Los temas mentalistas no se asumen simplemente como defectuosos desde un punto de vista metodológico, sino que se evalúan como ilegítimos o no pertinentes. En resumen, Mackenzie tiene razón al sostener que la metodología sola no orienta el contenido de una disciplina y que, por tanto, se puede inventar libremente los conceptos y modelos que hagan falta. Pero Mackenzie no acierta en dos

aspectos. Primero, cuando cree que se puede inventar sin regulación alguna, es decir, sin una previa crítica conceptual de los conceptos asumidos. Y segundo, cuando considera que el Conductismo ha caído en lo que él con justicia rechaza, es decir, la imposición de regulaciones estrictamente metodológicas. Como acabamos de ver, el Conductismo cuestiona los temas mentalistas no en base a consideraciones puramente metodológicas, sino principalmente a partir de un análisis crítico de dichos conceptos.

Como observa Mackenzie, el conductismo metodológico, del cual se está ocupando en realidad, es una concepción muy próxima al positivismo lógico. Hay una coincidencia fundamental entre ambas filosofías en cuanto a rechazar como objetos científicos aquellas entidades consideradas «no observables» o «no públicas». No es de extrañar que semejantes concepciones conduzcan al fracaso al que tantas veces alude Mackenzie en su ensayo. El conductismo metodológico permite inevitablemente la supervivencia de problemas no resueltos e inabordables y conlleva la consecuente carencia de una teoría organizada de la conducta. Ni el conductismo metodológico, ni el positivismo lógico aclararon la naturaleza esencialmente conceptual de la problemática de la psicología.

La posición positivista acerca del conocimiento y el método científico, con su énfasis en las dudosas categorías de lo «público» y lo «observable», tiene una repercusión importante en el papel que los conductistas metodológicos asignan a diversos aspectos del método científico. Considérese, por ejemplo, la observación frecuente de que la psicología conductista es «operacionista», a causa de su particular tratamiento de los términos mentalistas. En efecto, hay una versión operacionista, que es la del conductismo metodológico. Desde esta óptica, el problema de los términos mentalistas puede resolverse mediante el proponer definiciones operacionales para aquéllos (procedimiento que, al parecer, persigue los mismos objetivos que la «fiscalización» positivista). Sin embargo, tal como fue ampliamente explicado (por ejemplo, Skinner, 1945), el «operacionismo» así entendido y empleado, ha sido solamente un medio para retener las dicotomías tradicionales (lo observable y lo no observable; lo público y lo privado, etc.) El problema real de los términos mentalistas no es que se refieren a inobservables ni que estén pobremente definidos, sino que no son explicativos ni surgen del desarrollo científico de la disciplina. Es fundamentalmente por

estas razones que tales términos carecen de objetivo en un sistema psicológico científico. No hay razón para proporcionar definiciones operacionales de términos innecesarios. Por tanto, una verdadera posición conductista no es más operacionista que cualquier otra discusión similar en las ciencias vecinas. En cualquier campo científico, el papel reservado a la definición operacional es básicamente metodológico, y a un nivel muy elemental. Es simplemente un procedimiento útil para la comunicación de los científicos, al emplearse como un instrumento para la identificación de eventos en el contexto de una investigación particular. Los conceptos teóricos, los elementos de un sistema científico, requieren otra forma de delimitación. *Como conceptos teóricos*, no admiten definiciones operacionales, sino definiciones teóricas. Por supuesto, el definir operacionalmente los términos mentalistas solo sirve para legitimar a la fuerza lo que es ilegítimo. Por sí mismo, ningún aspecto del método científico, ni la definición operacional, ni ningún otro, dota de carácter científico a conceptos y métodos intrínsecamente ajenos a la ciencia.

De este modo, volvemos a nuestro punto de partida. Empezamos afirmando que el hacer ciencia no se reduce a tan solamente hacer empleo del método científico, sino que hacer ciencia requiere, en primera instancia, estar en posesión de conceptos depurados, a partir de los cuales puedan surgir auténticos problemas de investigación. Una crítica a la psicología actual es básicamente una crítica a la supervivencia de contenidos no científicos, pero no solamente en los métodos sino particularmente en los conceptos psicológicos. Como hemos visto, el solo y libre ejercicio de únicamente el método científico no es suficiente para conducir esta crítica. Asumir, como lo hace el conductismo metodológico, que el simple ejercicio del método científico garantiza el desarrollo de la psicología como ciencia, significa, en el mejor de los casos, hacer uso del método científico para convalidar tradiciones conceptuales no científicas. En el peor, significa adoptar una actitud acrítica frente al caos conceptual de la disciplina.

## Referencias

- Baum, W. (2005). *Understanding behaviorism*. Malden, MA: Blackwell. 2da. Ed.
- Brown, T. & Wallace, P. (1985). *Psicología fisiológica*. Traducido del inglés. México: Interamericana.
- Bueno, R. (1993). El conductismo a los ochenta. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 19, 97-119.
- Bueno, R. (1998). La naturaleza de la conducta y la explicación psicológica. *Liberabit*, 4, 81-87.

- Bueno, R. (2011a). Reflexiones acerca del objeto y metas de la psicología como una ciencia natural. *Liberabit*, 17, 37-48.
- Bueno, R. (2011b). Los eventos privados: Del conductismo metodológico al interconductismo. *Universitas Psychologica*, 10, 889-902.
- Bunge, M. (1982). *Epistemología*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Chiesa, M. (1994). *Radical behaviorism: The philosophy and the science*. Boston: Authors Cooperative.
- Descartes, R. (1964). *Meditationes de prima philosophia*. En: *Oeuvres*. Vol. VII. París: J. Vrin.
- Descartes, R. (1967). *Las pasiones de l'Ame*. En: *Oeuvres*. Vol. XI. París: J. Vrin.
- Fechner, G. (1889). *Elemente der psychophysik*. 2da. Ed. Leipzig: Breitkopf und Härtel.
- Hanson, N. (1977). *Patrones de descubrimiento*. Traducido del inglés. Madrid: Alianza.
- James, S. (2000). The emergence of the Cartesian mind. En: T. Crane & S. Patterson (Eds.) *History of the mind-body problema* (pp. 111-130). Londres: Routledge.
- Kantor, J. (1959). *Interbehavioral psychology*. Bloomington: The Principia Press.
- Kantor, J. (1982). Objectivity and subjectivity in science and psychology. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 8, 3-10.
- Mackenzie, B. (1981). *El behaviorismo y los límites del método científico*. Traducido del inglés. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Moore, J. (2008). *Conceptual foundations of radical behaviorism*. Cornwall-on-Hudson, NY: Sloan.
- Pavlov, I. (1928). *Lectures on conditioned reflexes*. Nueva York: International Publishers.
- Popper, K. (1966). *Of clouds and clocks*. St. Louis: Washington University Press.
- Ribes, E. (1990a). El conductismo: Su significado como filosofía y práctica científicas. *Revista Española de Terapia del Comportamiento*, 8, 207-233.
- Ribes, E. (1990b). *Psicología general*. México: Trillas.
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. Londres: Hutchinson.
- Schoenfeld, W. (1983). Contemporary state of behavior theory. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 9, 55-82.
- Skinner, B. (1945). The operational analysis of psychological terms. *Psychological Review*, 52, 270-277; 291-294.
- Skinner, B. (1963). Behaviorism at fifty. *Science*, 140, 951-958.
- Skinner, B. (1974). *About behaviorism*. Nueva York: A. Knopf.
- Spence, K. (1948). The postulates and methods of behaviorism. *Psychological Review*, 55, 67-78.
- Sperry, R. (1993). The impact and promise of the cognitive revolution. *American Psychologist*, 48, 878-885.
- Toulmin, S. (1977). *La comprensión humana*. Traducido del inglés. Madrid: Alianza.
- Uttal, W. (2001). *The new phrenology: The limits of localizing cognitive processes in the brain*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Vanderwolf, C. (2007). *The evolving brain: The mind and the neural control of behavior*. Nueva York: Springer.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations*. Oxford: Blackwell.
- Wittgenstein, L. (1980). *Remarks on the philosophy of psychology*. Oxford: Blackwell.